

# DE LOS INCONVENIENTES DE LA TOLERANCIA: CLÉMENT ROSSET Y LOS ILUSTRADOS

PABLO MACHO GÓMEZ

Universidade de Santiago de Compostela

«Contra ira, pereza»  
(Dicho popular)

En el capítulo «Práctica de lo peor» (Cap. IV) inserto en su obra *Lógica de lo peor* (*Logique du pire*, París, P.U.F., 1971; traducción F. Monje, Barcelona, Barral Eds., 1975; se cita sin citar por esta edición), Clément Rosset desgrana un análisis escueto y certero acerca de cómo, tras el declive de las formas tradicionales de intolerancia religiosa propias del contexto histórico anterior, surge de la mano de los ilustrados del siglo XVIII un nuevo marco de significado para la noción de tolerancia que conlleva como reverso inevitable un nuevo sistema de intolerancias que llegará a constituirse en uno de los legados de mayor influencia histórica y cultural que hemos recibido como herencia ideológica de dicho período.

(Hallábase el Santo Varón Román en la ciudad de Antioquía, y en ella animaba a los cristianos a padecer con esperanzada resignación la persecución a la que en aquellas tierras los romanos les sometían. Hallábase también en el lugar el prefecto Asclepiades, quien avisado del comportamiento díscolo de nuestro Santo, mandó prenderlo primero y mandó luego torturarlo. Con insistencia y solicitud desgarraban sus carnes los verdugos y ante las negativas del Santo a renegar de su fe y ante sus obstinadas burlas para con los esbirros que en él se empleaban, ordenó Asclepiades que le rompiesen las mejillas para ver si de esta forma Román consentía en callarse, y lo hicieron los verdugos tan concienzudamente que por los tajos que le señalaron en los mofletes asomaban ambos pares de muelas, ante lo cual San Román, lejos de hacer queja del daño, dijo: «Muchas gracias te doy, oh prefecto, porque no teniendo yo sino una boca con que alabar a Cristo, ya tengo por tu ocasión tres, con que alabar a las tres personas de la Santísima Trinidad». La peripezia de Román ilustra de forma gráfica la definición enciclopédica fundamental del término tolerancia: «Capacidad de tolerar, de soportar alguna cosa sin sufrir daño». Aceptión oscura y ambigua en extremo que contribuye a incrementar nuestra perplejidad cuando atendemos al origen latino (que no «ladino») del vocablo, que es «tolerare», que a su vez, deriva de la raíz «tollere» que significa levantar o quitar y del que surge una variopinta familia semántica que no sospechábamos emparentada con la inocente tolerancia: Tullir, que es «dejar impedido»; Tolline, que es «paliza que deja baldado»; Toñina, que es «tunda»; Tollecer, «machacar»; Entollecerc, «dejar inválido o tullido».)

Subraya Cl. Rosset la contradicción de principio que se da entre la afirmación de la tolerancia y la práctica de la misma. En todos los casos en los que la buena dirección de un comportamiento tiene como uno de sus principios tan señalada virtud, se observa el reconocimiento —explícito o implícito— de referencias y valores a partir de los cuales el campo de lo tolerado queda limitado por todo aquello que contradiga los principios y argumentos que han hecho posible el establecimiento de esa forma de tolerancia. Inmediatamente se da la estructuración de los comportamientos inaceptables y que deben ser eliminados mediante las sanciones y acciones reeducadoras que se consideren oportunas para encauzarlos por la senda adecuada. Forma ideológica y reflexiva de la tolerancia, frente a la que Cl. Rosset señala una alternativa única, aunque con dos niveles de desarrollo: «El único ser que puede practicar la tolerancia es el que se encomienda a nada: por una parte, el hombre llamado ‘ordinario’ (si entendemos por ‘ordinario’ la aptitud a carecer de ideas: acepción cuya legitimidad no es evidente), por otra parte, el pensador trágico». Este, encabeza un pensamiento refractario al enfrentamiento ideológico en el sentido de que para él luchar contra una ideología es, literalmente, luchar contra nada, no es aquello de que «Dos no se pelean si uno no quiere», sino, más bien, que uno de los dos no encuentra combate ni oponente contra quien emplear sus fuerzas. Se retoma en este punto el excepcional análisis de Hume, único filósofo del siglo XVIII capaz de reflexionar acerca de las connotaciones indeseables del movimiento ilustrado, análisis lúcido acerca de cómo el carácter definitorio de toda creencia no se encuentra en su contenido, sino en una «cierta forma de apego», dice Cl. Rosset, una cierta voluntad de presentarse como el continente adecuado para determinadas creencias que en todo caso como perecederas que son, pueden ser permanentemente renovadas; naturaleza indesarraigable de la creencia, no porque: «se adhiera demasiado a su objeto, sino porque no se adhiere a nada». Únicamente el pensamiento trágico en la medida en que no dispone, ni propone, un conjunto de referencias argumentales y valorativas que utilizar como pauta de comportamiento, es capaz de tolerar todas las opiniones y creencias. Nada rechaza pues nada demanda.

Lo dicho no es óbice para reseñar cierta capacidad para la intervención en el curso de los acontecimientos, tanto por parte del hombre «ordinario» como del pensador «trágico». Pero, serán en todo caso actos silenciosos ideológicamente: «(...) oponerse, si llega el caso, a crueles maniobras, no significa en modo alguno que éstas no sean (intelectualmente) *toleradas*, tan sólo no (prácticamente) son *deseadas*».

(Parece claro que el punto de partida etimológico según el cual el término tolerancia llega hasta nosotros, hace referencia a toda una serie de casuísticas traumáticas; desde este, diríamos, «plano fisiológico», se produce un desplazamiento de significación hacia el plano de lo ideológico, en el cual, «tolerancia» pasa a referenciar una determinada capacidad de aceptación de los

comportamientos u opiniones que nos resultan extraños, de la que se sigue una cierta forma de consentimiento tácito, de comprensión y asimilación que nos son presentadas como carácter de excelencia voluntarista presente en el tolerante y ausente en el tolerado.)

Todo pensamiento no trágico es necesariamente intolerante, pues no sólo le atañen los sistemas ideológicos a los que toma como objeto digno de consideración intelectual, sino que incluso llega a sentir su propio proyecto ideológico amenazado por ellos. Dice Cl. Rosset: «Ideología a la vez represiva y absurda que se apoya en el principio de tolerancia para excluir de su propio campo de lo tolerable lo que no está dispuesta a tolerar». En nombre de un único principio se admite y se rechaza. En la búsqueda de una alternativa a tan abundantes formas de patología intelectual hay que ver, como señala Cl. Rosset, una de las más fundamentales razones de ser de la filosofía de nuestro tiempo (de la misma forma que lo ha sido en las corrientes subterráneas presentes a lo largo de toda la historia del pensamiento). Es desde aquí, desde donde «Azar» es palabra mágica capaz de hablar sin decir nada, capaz de pensar sin concebir, capaz de renegar de toda ideología sin comprometerse con ninguna.

(«No, los enemigos de la religión no tienen corazón, no tienen patria, porque desean arrebatarse sus glorias, sumirla en el desorden y la abyección, verla patrimonio de las naciones y hundirla en los horrores del caos. No, los que presentan la religión contraria a la libertad, confunden a sabiendas la libertad con la licencia: la religión condena los delitos, prohíbe los desórdenes, sujeta las pasiones y pone un freno poderoso a los crímenes del hombre: la religión, por último, asegura la obediencia a los gobiernos, y la sumisión a las leyes, y el respeto al principio de autoridad, y la propiedad al individuo, y la libertad al ciudadano, y la caridad a los pueblos, y la felicidad eterna y temporal a los mortales. No: los que conspiran de cualquier modo contra la religión conspiran a la vez contra la sociedad y contra la familia, porque enseñan doctrinas disolventes con máximas impías, y predicán la insurrección de las masas, y las revoluciones de la fuerza, que siempre presiden los funerales de la libertad; porque derriban las barreras de la fe con su filosofía detestable; y abren a los crímenes la puerta; y enseñan a sacudir el yugo de toda potestad; y desprestigian las leyes y el poder; y matan el progreso del género humano, haciéndole abdicar de su dignidad y retroceder a una ominosa dictadura y degradante esclavitud» [*Memoria histórico-crítica. De los varones apostólicos: Torcuato, Segundo, Cecilio, Indalecio, Esiquio y Eufrasio*. Por el Presbítero D. Manuel Fernández Belenguer, Doctor en Sagrada Teología y ambos derechos, dignidad de Maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral de Segorbe, Predicador y Misionero Apostólico, etc., en el año de 1864].)

La complicidad entre la afirmación de la tolerancia y la intolerancia real a la que va unida, aparece particularmente ejemplificada en el siglo XVIII. Apunta Cl. Rosset: «(Durante este período se) ... tiende a la prohibición de ciertas formas de opresión, en particular religiosas y sociales, que se consideran intolerables. Sin embargo, nunca se ha demostrado que el siglo XVIII concediese algún valor a la tolerancia considerada en sí misma». Lo que se valora es el acceso al poder de unas ciertas clases sociales que hasta el momento «no habían tocado pelo»; se valora, en fin, el establecimiento de un nuevo orden. Lo intolerable llegará a ser asimilado con la insensibilidad y la falta de consideración de la «ideas nuevas», los frutos del progreso y de las luces. Las actividades de

reeducación de las grandes masas de población promovida por las «jerarquías intelectuales» se concentra en la introducción de un nuevo horizonte de esperanza terrenal: las ideas del Hombre y la Naturaleza.

Según Cl. Rosset, es la *Carta sobre la tolerancia*, de J. Locke, la que marca el ambiente conceptual, el tono conceptual de todo el dieciocho. En ella, Locke, sin rastro alguno de pudor reclama, al mismo tiempo, la tolerancia universal en materia política y religiosa con la excepción de todas aquellas opiniones contrarias a los intereses del estado y las verdades de la religión. Se pregunta Cl. Rosset: «Liberados de la intolerancia por los cuidados de la tolerancia, ¿quién liberará, ahora, a los hombres de la tolerancia? En el siglo de los ‘libres pensadores’, todo pensador libre es expulsado: el tono con el que Diderot habla de Marivaux, Voltaire de Pascal o de Leibniz, es mucho más intolerante que el que utilizan los escritores cristianos para confundir a los enemigos de la religión, como por ejemplo el adoptado por el abad de Polignac en su *Anti-Lucrecio*».

La tolerancia se establece pues como «idea guía» gracias a la cual se consigue fijar un marco de referencia para la definición de lo tolerable. De las posibles derivaciones inesperadas que podría conllevar la aplicación irreflexiva del principio de tolerancia, el mundo ilustrado apenas se ocupa: «La tolerancia de la, que hablan Voltaire y Montesquieu es muy diferente de la tolerancia a la que, por ejemplo, se encomienda Montaigne en sus *Essais*; la primera se presenta *en nombre de valores que*, tan pronto como son reconocidos constituyen su reinado y sus prohibiciones, la segunda *en nombre de la imposibilidad de reconocer los valores*». La naturaleza en el siglo XVIII viene a ocupar el vacío conceptual que el declive de las nociones de sustancia y esencia había provocado. De esta manera se abre el paso a una metafísica naturalista capaz de aunar los «fragmentos ideales» que permanecían dispersos, es decir, Dios, Alma y Mundo: «La idea de la naturaleza todavía era más intolerante que la idea de Dios (...). La tolerancia consistirá —dice Cl. Rosset— en respetar ese algo ‘propio’ de los seres y de las cosas —‘algo propio’ exactamente creado del limo, en que una génesis mística comparable a todas las génesis descritas por la religión— y en prohibir todas las señales de irrespeto hacia ese algo propio; las cuales, declaradas intolerables, serán reprimidas en la medida de lo posible».

(Sin perder de vista que «Del dicho al hecho va un gran trecho», sabiduría popular frecuentemente despreciada por gran parte de los intelectos brillantes que en el mundo son, no resultaría en exceso aventurado especular acerca de la esencial comunidad argumentativa entre la apasionada y persuasiva defensa de la religión del presbítero Fernández y los postulados defendidos por el Príncipe de la Ilustración y señor de Ferney: Voltaire. Para éste, sin el freno de la religión no es viable la práctica de la tolerancia; para aquél, sin frenar la tolerancia no es posible la religión; en todo caso, el orden de los términos no altera el producto de manera significativa. Para ambos, la Patria, el Orden, la Libertad y la Dignidad, el Progreso, dependen de la capacidad de establecer órganos de control y vigilancia de los impulsos espontáneos del género humano que lo conducen inexorablemente hacia el caos, el crimen y la impiedad. En su *Examen important de Milord Bolingbroke*, Voltaire lo dice así: «Es tal la debilidad del género humano, tal su

perversidad, que es mejor para él, sin duda, ser presa de todas las supersticiones posibles con tal de que no sean fuente de delitos, que vivir sin religión. El hombre siempre tiene necesidad de un freno»; y en el *Diccionario Filosófico*: «Es pues absolutamente necesario para los príncipes y para los Pueblos que la idea de un Ser Supremo, Creador, Gobernador y Remunerador esté profundamente grabada en los espíritus».

En cualquier caso, no podemos dejar de señalar la discordancia de tonalidad entre ambos testimonios: la del cura, oscilante entre la alpargata y la escatología tremendista, y la de Voltaire, tentativa e irónica, fruto de dudas y contradicciones que no se ocultan, un buen sentido y un mejor humor que, en el peor de los casos, hacen de Voltaire un intolerante entrañable y sentimental en nombre de quien, para fortuna de su memoria, sigue siendo difícil justificar persecuciones y crímenes varios, razón que no está entre las menores para justificar la simpatía por una figura del intelecto. ¡Ea, deja ya en su paz merecida a Voltaire, que se inquieta la tumba de sus huesos! Hasta aquí el académico recurso de la comparación; más no sigo.)

La ilustración dieciochesca es causa, según Cl. Rosset, de la desaparición del comportamiento trágico por excelencia: la cortesía. En este período, se da una exacerbación y no una atenuación de la intolerancia, pues frente a las inconstancias e inconsistencias de la represión religiosa: «El S. XVIII pone en su lugar un sistema (la *naturaleza*) que abraza en su seno a todos los seres: excluyendo al otro, en la medida en que el otro es admitido en tanto semejante (...). Al sustituir a Dios por la Naturaleza la ideología nacida en el XVIII se asegura el control de un territorio más vasto que el que arranca a la debilitada religión». Así pues, como referente de la totalidad de las cosas elimina la posibilidad de un espacio «fuera», elimina la posibilidad de que se presente un tipo de fenómenos de carácter aleatorio que estaban contemplados en el pensamiento cristiano, y aclara: «(...) 'Lo que existe' para la mirada cristiana, es arrancado al azar, constituyendo entonces una 'naturaleza', en la medida que ha surgido de un milagro (la intervención de Dios)». Los hombres, la sociedad, su historia, encuentran su sentido en este «azar providencial» que los creyentes atribuyen a la inteligencia y misericordia divina. Resultará de aquí lo que, sin duda, es calificable como una ética de la intolerancia, pero, de intolerancia limitada en la medida en que se reconoce la posibilidad de que algunos seres humanos, por un azar inexplicable producto de la omnipotente voluntad divina se hayan quedado al margen de la corriente espiritual y permanezcan anclados a la «inercia» de lo material, viendo así imposibilitada su oportunidad de acceso a las esencias de una humanidad completa: «Que ciertos 'hombres' estén privados de naturaleza divina no afecta al cristiano clásico precisamente en la medida en que no es *completamente* rebelde a la idea de azar». Podemos añadir que el cristiano, además de carecer de la pretensión totalizadora y sistematizante de los diversos ordenamientos naturales, acepta con la resignación que le caracteriza el hecho de que existan ciertos hombres que no compartan sus creencias (llegado el caso, la acción de matar a uno de estos «hombres» en los que no se reconoce la «huella» divina es equivalente a matar nada, o en el peor de los casos, es matar poca cosa): «La renuncia cristiana a la recuperación, es indicio

de libertad espiritual en el seno de la intolerancia; si existe la naturaleza, es decir, algo 'propio' del hombre —su pertenencia a Dios— al menos se admite que a esta naturaleza no se unen obligatoriamente todos los seres humanos».

Sin embargo, para el ilustrado se da por supuesto que todos los hombres, lo sepan o no, estén o no dispuestos a admitirlo, participan de ese algo propio de la naturaleza humana. De este modo, el acusado, el perseguido, el ejecutado, deja de ser una forma paradójica de las realidades naturales para convertirse en un semejante, al que es un deber moral conducir por el adecuado sendero que lo llevará hacia el cumplimiento de una aspiración innata. Aunque todavía no se haya percatado, este individuo porta la semilla que fructificará plenamente cuando consiga alzarse hasta la dignidad máxima que como «persona humana» le es propio alcanzar.

(A la expansión en nuestras sociedades democráticas y occidentales del concepto de tolerancia como aquel talante moral que favorece el desarrollo armonioso y pacífico de la comunidad de ciudadanos y ciudadanas mediante el que somos capaces de aceptar aquellos comportamientos, costumbres e ideas que no pertenecen a nuestro entorno constituido de relaciones socio-culturales, a esto, digo, debemos, sin lugar a dudas, buena parte de los más significativos avances y progresos de los que disfrutamos los pertenecientes al orbe de las naciones desarrolladas: los edificantes anuncios publicitarios del Ministerio [que no misterio] de los Asuntos Sociales, el recauchutado de las porras de los policías, la paciente candidez con la que soportamos que la charcutera nos ponga medio de panceta cuando le hemos pedido cuarto, la heroica resistencia con la que nos negamos a admitir la lógica causal que se sigue entre la escucha de una tertulia radiofónica y la estudiada colocación de una de esas bombas de mecha chisporroteante en los bajos de algún micrófono señalado... En paralelo a la disolución de los «significados fuertes» de tolerancia, transcurre su penetración en los más diversos ámbitos del lenguaje en forma de «intrínquis» conceptual de los chistes tipo: «¿Sabes el colmo de...?», colmo que expresa literalmente aquella parte del contenido que desborda el recipiente que le servía de continente, esto es: «Hasta aquí hemos llegado», «¡Estoy harto!», «¡Estoy hasta los huevos, o hasta los cojones o hasta las narices, si lo prefieren!». La tolerancia que se rebota, ya ves...)

Todavía un poco más acerca del optimismo filosófico como fuente segura de toda intolerancia. Todo pensamiento trágico o, lo que es lo mismo, todo pensamiento desastroso (desastroso en cuanto éste niega la posibilidad de modificación, que no de cambio, del azar como sustrato último de lo real) se caracteriza por su capacidad para una tolerancia a toda prueba. En paralelo, cualquier forma de optimismo filosófico es presentado por Cl. Rosset como origen cierto de toda intolerancia: «(...) siendo ésta más agresiva cuanto más generosos y utópicos son los pensamientos no trágicos». Regreso del «represor liberado» que ejemplifica el opúsculo de H. Marcuse, *La tolerancia represiva*, en la tesis «simple pero bella», apuntilla Cl. Rosset, según la cual: «La tolerancia debería estar limitada en lo sucesivo a lo que es tolerable».

Dada la complacencia con la que ha sido recibida en ámbitos académicos y populares (si cabe la distinción) la aportación de la llamada «Escuela de Frankfurt», remitimos a los interesados en un análisis menos «comprensivo» de dicho movimiento a las páginas finales de *La Anti-Naturaleza (L'anti-nature*, París,

P.U.F., 1973; traducción F. Calvo Serraller, Madrid, Taurus, 1974), del propio Cl. Rosset, obra de la que nos limitamos a rescatar la caracterización de una cierta forma de naturalismo contemporáneo a la que Marcuse sirve como brillante portavoz: «Lo más característico de este naturalismo contemporáneo es el vínculo fabricado por Marcuse entre la idea de naturaleza y la idea de revolución, revolución de la que Marcuse declara abiertamente que sólo sabría ser fruto de una concepción intransigente de la naturaleza humana: 'Es precisamente una concepción intransigente de la naturaleza humana la que fundamenta la revolución radical y llega a ser su motor: ver en la situación de hecho del capitalismo no solamente una crisis económica y política, sino una catástrofe de la esencia humana' (...)».

(En la obra, *Lo real y su doble [Ensayo sobre la ilusión] [Le réel et son double Essai sur l'illusion*, París, Gallimard, 1976; reed. 1984, revue et augmentée], Cl. Rosset ofrece una visión complementaria de los análisis de la *Lógica de lo peor*. En ella se nos presenta la facultad humana de percepción de la realidad como una forma de tolerancia condicional que admite la realidad hasta que ésta alcanza el límite de lo admisible para el espectador, entonces, se interrumpe la tolerancia, se suspende la percepción. La tolerancia se configura de esta manera como un mecanismo de resolución de los conflictos en la medida en que prohíbe su aparición ante nosotros, censura previa. Las cosas pueden ser percibidas, pero, en cualquier caso, las consecuencias derivadas de la percepción desaparecen del campo de visión. Indica Cl. Rosset: «(...) no me niego a ver, y no niego para nada lo real que se me muestra. Pero mi complacencia se detiene ahí. He visto, he admitido, pero que no se me pida nada más. Por lo demás, mantengo mi punto de vista, persisto en mi comportamiento como si nada hubiera visto. Se trata aquí de una percepción no errónea, sino inútil».

Comodón en la baraja humanista de los lugares comunes. Al menos Voltaire, cuando se llenó la boca con ella, lo hizo jugándose el pellejo, comprometiéndose económica y sentimentalmente en la reparación de los entuertos que le salían al paso. Intolerancia establecida y consensuada, la «tolerancia condicional» como una cierta forma de necedad caracterizada por proporcionar unos márgenes de seguridad ilusoria, la posibilidad de «engancharse» una «buena mano» intelectual en la que aparezcan, cuando menos tres triunfos: armonía social, tolerancia y pensamiento crítico. Necedad que Cl. Rosset diferencia de forma clara en cuanto a su origen y consecuencias. La una, propia del hombre ordinario, y aun, del filósofo trágico, sería la resultante de apegarnos a cuestiones que admitimos por herencia o influencia del entorno cultural: «necedad de primer grado» se nos presenta en forma espontánea e irreflexiva, es una especie de inevitable necedad ambiental; diríamos que de ella todos participamos cotidianamente en la medida en que aceptamos o rechazamos ciertos intercambios sociales. La otra, es la «necedad de segundo grado»: necedad reflexiva y comprometida, en la que la necedad descubierta en un primer momento ha logrado ser eliminada tras una intensa labor de crítica interpretativa; se configura así una necedad propia de personas inteligentes y cultas, incurable, no reconocida, necedad absoluta: «La imbecilidad confirmada se encuentra así en un atolladero semejante al de la ilusión: incurable por razonar demasiado bien».)

Todo pensamiento que presente síntomas de rechazo y de intolerancia, es un pensamiento ocupado en la posibilidad de encontrar algo mejor a lo ya existente, lo que le conduce, según Cl. Rosset a: «Tan pronto como se reconoce la posibilidad de eso mejor...» introducir todas las cláusulas prohibicionistas, todos los mecanismos de control que aseguren la conquista de lo deseado. Para nuestro

autor, no cabe recurrir a una tercera vía conciliadora: «La tolerancia que no se encomienda a una perspectiva trágica (aquella que afirma el principio de no modificación de lo real) es palabra de engaño, que anuncia bajo un aparente liberalismo, violencias tan intolerables como aquellas contra las que se subleva».

En resumen, durante el período ilustrado se produce la desaparición del movimiento encabezado en los siglos XVI y XVII por figuras como Gracián, Maquiavelo, Hobbes, Montaigne, que Cl. Rosset denomina corriente artificialista, a manos de un «nuevo advenimiento» del pensamiento naturalista. Filosofía naturalista no por adoradora de la naturaleza o por tomar a ésta por objeto de sus análisis o explicaciones, terrenos estos en que la totalidad de sus aportaciones se acercan de manera asombrosa a lo irrelevante, sino por ocupar buena parte de sus inquietudes en la refutación del artificialismo. En torno a este objetivo fundamental, dos consideraciones: el retorno del pensamiento naturalista, supone la restauración del sentimiento (también del sentimentalismo) religioso, ocupado ahora en la elucubración mística y metafísica del concepto «Naturaleza»; segundo, la «Naturaleza» como pseudoconcepto se transforma en núcleo ideal encerrado en su propia indefinición, mediante el cual se señalan los puntos de referencia que separan lo tolerado de lo intolerable: «Lo importante es negar lo que es sentido como intolerable, no importa en función de qué. Lo propio del pensamiento naturalista no es conceder algún sentido a la idea de naturaleza, sino apoyarse en la palabra naturaleza para negar todo lo que exista artificialmente, es decir, para negar todo lo que existe».